

Tipos de Aquí

II

LOS TROVADORES

(Por José Sánchez-Arcilla)

Si usted, lector, no ama los tangos argentinos ni los puntos cubanos, vaya una noche cualquiera a «la frita» de la Playa. Allí se encargarán de provocar sus entusiasmos musicales los mil seiscientos ochenta y cuatro trovadores que viven y mueren en aquellos predios.

En realidad, ir a «la frita» es una verdadera delicia. Va usted con el propósito de saborear un «perro caliente», y apenas detiene su coche frente al kiosco de su predilección, surge de las sombras un rival de Carlos Gardel, dispuesto a amenizarle la velada. Mucho antes de que el dependiente recoja su orden, ya le han «colocado» la primera parte del tango de moda.

«Se escucha la dulce
canción de Sorrento,
y el lánguido acento
de un lobo marino...»

O si no:

«Madre tu eres un ser bueno
puesto que tanto me quieres.
Madre tu eres un ser bueno
puesto que tanto me quieres,
enseñame los placeres
que guarda el mundo en su seno.»

Y cuando llega el «perro caliente» ya usted no tiene ganas de comerlo, porque se le han indigestado las notas del tango y del punto guajiro, cómo dos y dos son cuatro.

En realidad, no me explico por qué los dueños de los kioscos han comprado aparatos de radio, porque con los trovadores tenían bastante.

Pero no para ahí la cosa. Cuando usted ha logrado convencer a los herederos de Carlos Gardel de que no le interesan, ni poco ni mucho, sus canciones, se aparece el eterno, el probo el magnánimo el ilustre vendedor de maní, al que siguen, con matemática precisión, el domador de perros y el billeteero, que le mete a usted por las narices el 15678 o el 21.496.

Todo esto — yo no pretendo negarlo — le dará mucho calor a «la frita» pero le resta muchísimos clientes. Porque si los trovadores y demás elementos de discordia se conforman con ofrecer sus servicios desde lejos, podría pasar; pero es que se meten materialmente en los automóviles, y hasta profieren crudezas impublicables cuando se les dice que «sigan y no se paren».

El trovador, el típico trovador cubano — Sindo Garay, pongo por caso — es un romántico, un idealista, que, a la sumo, acepta una invitación con cierto pudor artístico. Los otros son señores que molestan a todo el mundo sin darse cuenta de que harían un negocio mayor permaneciendo al margen de los clientes, en vez de acosarlos con sus exigencias.

Y ¡pobre de usted!, inmenso lector, si tiene la desgracia de caer en medio de un torneo de improvisadores, como nos ocurrió a Bernardo Latour y a mí, cierta noche memorable. A lo mejor, se empeñan en que usted sea el juez, y ya tiene para rato. Además, debe pagar todo el lugar que consumen, y conste que son capaces de beberse el océano Atlántico y una buena parte del Pacífico en menos que canta un gallo. (Esta alusión al encrestado consorte de la gallina no tiene nada que ver con los otros «gallos, terror de los trovadores.»)

Si los trovadores de antaño eran como éstos, no me explico cómo algunas princesas llegaron a enloquecer por ellos; pero supongo que, por lo menos, no cantaban tangos argentinos, ni puntos guajiros. Y conste que los puntos guajiros son mi debilidad, a tal extremo, que es lo único que canto con relativa elegancia.

Debían ponerse de acuerdo los dueños de todos los kioscos de «la frita» para confinar a sus mayores enemigos en un territorio lejano, porque a cualquiera se le indigesta un «perro caliente» oyendo a los herederos directos de Carlos Gardel...
